The Representation of Slavery in Cuban Fiction de Lorna Valerie Williams es un texto en que hay nuevas aportaciones al campo de los estudios afrocubanos. En su acercamiento crítico a las obras representativas del género antiesclavista, esta estudiosa revela las arbitrariedades con las que se manejaban las diferencias raciales. De este modo, el interés de sus autores por dotar de autenticidad la representación del esclavo, queda en duda por la multiplicidad de transformaciones a las que someten el espacio de la diferencia racial. Esas continuas paradojas en la caracterización del negro respondían a la posicionalidad ideológica y a la intención propagandística desde la que eran creados los protagonistas de estas novelas.

A pesar de que algunas ideas necesitarían mayor ampliación, esta obra es un aporte valioso para los interesados en el tema de la narrativa antiesclavista cubana. En sus páginas se amplían los problemas de la representación de la esclavitud ya tratados por Richard L. Jackson en *The Black Image in Latin American Literature* (1976) y William Luis en *Literary Bondage: Slavery in Cuban Fiction Narrative* (1990). En las páginas del texto de Williams se abre un espacio para la reflexión y el diálogo futuro con obras que, todavía hoy, reclaman mayores estudios.

Rutgers University

ILIA CASANOVA-MARENGO

ENRIQUE SANTOS MOLANO. *El corazón del poeta. Los sucesos reveladores de la vida y la verdad inesperada de la muerte de José Asunción Silva*. Bogotá: Nuevo Rumbo, 1992.

HÉCTOR H. ORJUELA. *La búsqueda de lo imposible. Biografía de José Asunción Silva*. Bogotá: Kelly, 1991.

RICARDO CANO GAVIRIA. *José Asunción Silva, una vida en clave de sombra*. Caracas: Monte Ávila, 1992.

En la baraja de imágenes que componen la historia moderna de Colombia, la figura de José Asunción Silva se apoya en el umbral. Chivo expiatorio del humanismo católico, víctima propiciatoria de la modernidad, Silva es el gran sacrificado de una época adusta y parroquial que juzgó con menos admiración que estupor su belleza física, su elegancia y cosmopolitismo, y su ejercicio de una literatura arrogante y marginal. La culpa, el examen de las razones que determinaron el sacrificio o que movieron al sacrificado durante su vida, han alimentado una leyenda de Silva entre cuyas estampas más conocidas puede mencionarse el perfil de un niño que arroja una piedra de varios kilos sobre un gorrión, el joven latinoamericano que envía un ramo de flores a Mallarmé, la innoble sospecha de un amor incestuoso, la cortina adornada de mariposas con nombres de mujeres y que dicen que decoraba su *garçonnière*, y el libro de Gabriel D'Annunzio, *El triunfo de la muerte*, encontrado sobre su mesa de noche, al alcance de su mano suicida.

Las biografías que aquí se reseñan no quieren pertenecer a esta tradición. Las caracteriza el deseo, evidente en el número de sus páginas, de ser exhaustivas, de contar todo, absolutamente todo. Las estrategias que emplean para lograrlo, sus sistemas interpretativos, son, sin embargo, diferentes. En una de ellas, la de Enrique Santos Molano, predominan lo que el Dr. Johnson llamaría "juicios físicos", es decir, juicios que pretenden estar minuciosamente documentados; en las otras, las de Héctor H. Orjuela y Ricardo Cano

Gaviria, *predominan* en cambio los “juicios morales”, es decir, juicios que pretenden ser antes que nada verosímiles o convincentes.

La tesis de Santos Molano es que Silva fue asesinado y que los móviles del asesinato fueron esencialmente políticos. De acuerdo con el autor, los asesinos, que eran miembros del partido radical o santanderista, consideraron una afrenta el poema que Silva dedicó a Simón Bolívar, “El 28 de octubre”, y que el poeta declamó en esa misma fecha en la sede de la legación venezolana. Para demostrar su tesis, el biógrafo se remonta en el tiempo hasta el fundador de la familia Silva en Latinoamérica, el francés Pierre Fortoul, y elucida la relación que la familia Silva tenía con el general Francisco de Paula Santander, lejano pariente del poeta y gran opositor de Bolívar. Un minucioso entramado refuerza, a los ojos del biógrafo, el fatalismo que domina la vida del poeta (el tío suicida, el abuelo asesinado) y resalta el contraste que existía entre las ideas políticas de su familia (el santanderismo) y las suyas propias (su admiración por Bolívar).

El trabajo de Santos Molano tiene dimensiones enciclopédicas. En un artículo aparecido en 1986, afirmaba que había comenzado su investigación en 1972 y que en un principio tenía la intención de publicar sus resultados en 1976, en el octogésimo aniversario de la muerte de Silva. Lo cierto es que sólo ha podido publicarlo veinte años después de iniciadas sus primeras pesquisas y de haber consultado un impresionante número de documentos notariales, publicaciones periódicas, revistas literarias, crónicas, genealogías, testimonios orales y escritos, biografías, libros de historia y estudios de crítica literaria. La lista de periódicos que el autor ha consultado es simplemente abrumadora y convierte su libro en un índice, en una obra de referencia básica para los estudios sobre el poeta santafereño.

Tan sobrecogedora cantidad de materiales exige, sin embargo, una gran claridad en la hipótesis y la metodología del trabajo, es decir, en la relación que guarda la tesis “Silva fue asesinado” y la forma en que se deben interpretar y estructurar las fuentes consultadas. Éste no es siempre el caso en la obra de Santos Molano a quien, en muchas oportunidades, la abundancia de documentos le impide guardar una distancia crítica con respecto a ellos o proponer una articulada visión de conjunto. En consecuencia, las fuentes documentales acaban por dominar el relato o por desarticularlo en una suerte de noticias que se yuxtaponen unas a otras sin razón aparente y que el mismo Santos Molano denomina en una ocasión “miscelánea de recuerdos” (224). Esta técnica de trabajo le permite a veces realizar una suerte de composición de lugar, un bosquejo del “ambiente de la época”. En las líneas siguientes puede observarse la manera en que Santos Molano ha relacionado diversas noticias (carrera de bicicletas, restaurante Castillo, visita de Jorge Isaacs a Bogotá, amistad del novelista con Silva y Sanín Cano) para crear una pintura de la época:

(En 1894) Bogotá fue paralizada por un espectáculo novísimo, del que nadie quería perder detalle; las calles se atestaron de curiosos excitados, desde el parque Santander hasta la Plaza de Bolívar, trayecto que recorrería, el 22 de julio, la primera carrera de bicicletas celebrada en la ciudad. Los velocipedistas, en número de quince, arrancaron con impulso trabajoso en busca del premio, y hubo empujones, porrazos, entusiasmo y coraje, mientras la multitud sobreemocionada alentaba sin distinción a los corredores. José Asunción, Jorge Isaacs, su hijo Lisímaco y Baldomero Sanín Cano presenciaron la carrera acomodados en el balcón del *Restaurante Castillo* (779).

La naturaleza pintoresca y un tanto arbitraria de estas noticias, no debe desdeñarse. Ellas ofrecen una dimensión realista a la biografía aunque, por el mismo motivo, se reduzcan a veces a lo anecdótico. El mismo estilo literario de Santos Molano, salpicado con las antipatías que le inspiran ciertos eventos o ciertos personajes históricos, contribuyen a esa conversión de la vida de Silva en anécdota curiosa.

El autor afirma que hay cuatro argumentos con los cuales se ha pretendido explicar las razones de Silva para suicidarse: que el poeta era despreciado por la sociedad de su tiempo, que se encontraba al borde de una segunda quiebra comercial, que era presa de la locura y que se hallaba adolorido por la pérdida de su hermana Elvira con la cual había mantenido amores incestuosos. A estos cuatro argumentos Santos Molano responde que Silva era apreciado y admirado por sus amigos (como se desprende de los testimonios que escribieron a su muerte), que su fábrica de baldosines tenía un futuro prometedor (como lo demuestra el hecho de que sus socios capitalistas aumentaran sus inversiones a la muerte del poeta), que era una persona muy lúcida (como lo muestran sus escritos), y que el Silva incestuoso es una inventiva que tiene su origen en un poema de Guillermo Valencia (“Leyendo a Silva”) y que después fue continuada por las maledicencias de Rufino Blanco Fombona y de Juan Evangelista Manrique (876). Las pruebas circunstanciales que pueden sugerir la existencia de un asesinato (Santos Molano confiesa que no ha podido encontrar pruebas concluyentes) son: el hecho de que Hernando Villa, el último ser humano que vio a Silva con vida, se viera implicado meses después de la muerte del poeta, en un juicio sobre falsificación de billetes, el hecho de que se encontrara sobre la mesa del poeta el libro de D’ Annunzio, que venía muy a cuento para promover la idea de un suicidio; el hecho de que, misteriosamente, los manuscritos de *De sobremesa* y de *El libro de versos* resultaran en poder de un pariente de Silva, el señor Roberto Suárez Lacroix, que los manipuló para promover, con su publicación fragmentaria, la idea de que el poeta se había suicidado por neurosis (900).

Héctor H. Orjuela rechaza la tesis de Santos Molano. Según su opinión, si se aceptara la idea de que el poeta fue asesinado, “perdería la figura de Silva la atracción misteriosa que ya por cerca de un siglo ha despertado [en] la imaginación de las gentes” (423). Tal argumento resulta curioso en un biógrafo que ha prometido “hacer un deslinde entre el Silva real y el mitificado por la leyenda” (11). Ciertamente, se puede desestimar la hipótesis del asesinato aduciendo la vaguedad o el ingenio con que Santos Molano ofrece pruebas circunstanciales; hacerlo en defensa de un misterio que ya dura cien años sólo puede significar un amor entrañable por la tradición. En este sentido (y en otros), la biografía de Orjuela es la más conservadora y tal vez la más “oficial” de las que aquí se reseñan; su tesis, como la de tantos otros que lo han precedido, es que Silva padeció una problemática “de índole metafísica” y que su suicidio debe atribuirse a la imposibilidad de encontrar una verdad espiritual que lo reconciliara con la existencia (410, 429).

Orjuela pasa revista a los innumerables documentos que ha ido recogiendo en sus años de estudio sobre el poeta y que le han servido para componer su admirable edición crítica de la *Obra completa* de Silva (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990; colección Archivos; 2ª ed. Casa de Poesía Silva, 1996). Se trata de cartas del mismo Silva, evaluaciones o comentarios sobre su poesía y su prosa, y memorias que han dejado aquellos que conocieron en vida al poeta, que escucharon de otros sus anécdotas fabulosas en páginas previsiblemente reiterativas.

Orjuela hila con dichos testimonios la biografía de Silva. Es verdad que a veces observa en ellos una exageración o una contradicción pero, en términos generales, acaba por aceptarlos sin hacerse mayores reflexiones. Así por ejemplo, señala que Hernando Villa no es exacto al declarar que Silva compuso “Al pie de la estatua” en Bogotá (pues Pedro César Dominici afirma que lo hizo en Caracas), pero al citar a Villa recordando el día en que Silva concluyó el poema, lo recitó para el mismo Villa en la Plaza de Bolívar y, luego, ambos se pusieron a “comer fresas de las plantas que había en el parque” (395) y a compartirlas — a cambio de un beso— con unas niñas de la aristocracia que pasaban por allí, Orjuela no tiene ningún reparo en sugerir que “la loca turba infantil” del final del poema se refiere en forma indirecta a esas niñas y a esas fresas (396).

El anacronismo que Orjuela introduce —¿podía referirse a unas niñas un verso que Silva había compuesto mucho antes de que ellas pasaran por la plaza?—, es quizás menos incómodo que su candidez, su inadvertencia de las rudimentarias habilidades compositivas de Villa: el hecho de escuchar “Al pie de la estatua” al pie de la estatua, el hecho de recibir un beso de unas aristocráticas niñas que pasaban por allí, el hecho de ser el privilegiado que escuchó aquel poema por primera vez. Esta falta de enjuiciamiento crítico de las fuentes impide a Orjuela comunicar una visión en complejidad de la vida de Silva y, en consecuencia, reitera los caminos trillados que él mismo había prometido evitar (13). En su biografía, como en las fuentes que le sirven de apoyo, las circunstancias particulares de la vida de Silva devienen algo más que simples anécdotas: devienen gestos, devienen teatralidad, devienen alegorías de El Poeta Frente Al Mundo.

Obedeciendo a una tradición de la delicadeza, *La búsqueda de lo imposible* está poblada, además, de juicios cordiales y discretos: es verdad que el abuelo y el tío abuelo de José Asunción eran mujeriegos, pero también eran “gente querida y respetada en la capital” (33) y sólo puede atribuirse a un rumor mal intencionado afirmar que un crimen en que se vieron envueltos hubiera “tenido como motivo vengar el honor ultrajado de una mujer” (40); de igual modo, la madre del poeta es caracterizada como “modelo de anfitriona” (58), el hijo como lleno de “nobleza de sentimientos” (81), y el esposo como dueño de “un apego entrañable por su ciudad natal” (109). Y en cuanto a la supuesta relación incestuosa de José Asunción con su hermana Elvira, el biógrafo hace una solemne reconvencción a sus colegas después de intentar probar la falsedad de tal historia: “Enterremos pues esta leyenda, señores críticos” (304).

Con todo lo dicho, la contribución de Orjuela en esta terna de biografías no debe desdenarse. *La búsqueda de lo imposible* tiene, más que ninguna de sus congéneres, la virtud de ser un álbum, una suma de la historiografía literaria y de sus estrategias predilectas: la defensa y la exaltación del misterio, la alegorización del pasado, la conversión de Silva en El Poeta, la deshistoria, la discreción, la delicadeza.

La tesis de Cano Gaviria es que Silva adoleció a lo largo de su vida de un *bovarismo* impenitente. Para explicar esta tesis, el biógrafo comienza por afirmar que en su estudio ha encontrado tres aspectos sobresalientes en la vida del poeta, tres máscaras, tres personalidades distintas:

un Silva esteticista y cosmopolita —el más “literario” y el que más se debe a su tiempo también—; un Silva desmesurado e histérico —el más imprudente y diagnosticable—; y un Silva irónico —el más abocado a estar en el origen de una descendencia y por ello el más actual— [...] que de algún modo revelaba su condición de moderno antes que de modernista (10).

A estos tres Silvas los une, de acuerdo con el biógrafo, un José Asunción Silva “en constante proceso de aprendizaje” (11), es decir, un Silva que debió sacar duras lecciones de una serie de calamidades personales, familiares y comerciales. Con ello, Cano Gaviria le atribuye a su biografía la forma de una “educación sentimental”, esto es, la forma de un relato literario en el que un joven atraviesa por varias experiencias que le enseñan a vivir, sólo que —y aquí recurre Cano Gaviria a la idea de *bovarismo*— en el caso específico de Silva se trata de la educación sentimental de un lector, de una persona que lee para aprender a vivir, que busca adaptar su existencia a la forma que le ofrecen sus lecturas (11).

La caracterización de un personaje (histórico o literario) como lector, es uno de los motivos más frecuentes en la obra de Cano Gaviria. Desde *Prytaneum* (1981) hasta *Una lección de abismo* (1991), sus personajes padecen del mismo mal de Madame Bovary, esto es, la imposibilidad de conciliar el libro y el mundo. En lo que a Silva se refiere, Cano Gaviria define como “bovaristas” la exaltación literaria que el poeta hace de su hermana muerta (258), el centenar de páginas que llena con disculpas y recriminaciones y que dirige a su fiador, el señor Guillermo Uribe (286), la actitud con que sugiere sus amores a Julia Holguín (346), y la supuesta influencia que sus lecturas tuvieron en su decisión de quitarse la vida (448, 477). El resultado es, sin duda, la reducción de lo anecdótico a lo libresco. He aquí un ejemplo:

Se podría pensar [...] que, como una especie de tardío Rastignac santafereño, ya en este momento José Asunción hubiese decidido [a su regreso de Caracas], tras un nuevo replanteamiento de su existencia, la conquista definitiva de su ciudad, pero resulta más oportuno sospechar que vivió un proceso cuya clave última [...] se encontraba de nuevo en los libros de Barrès (424).

En cierto modo, el bovarismo explica las razones de Cano Gaviria para mostrarse más comprensivo que Santos Molano con respecto a la leyenda de Silva. Sin embargo, si su trabajo reitera algunas estampas de esa leyenda (la de la piedra y el gorrión, la de las flores que Silva envía a Mallarmé, la del suicidio libresco), ello se debe también a la naturaleza de las fuentes que emplea, las mismas que aparecen en la biografía de Orjuela, estudios sobre la obra de Silva o testimonios de quienes lo conocieron personalmente. Y porque se trata de relatos, estos testimonios se encuentran ya mucho más articulados que las noticias periodísticas que Santos Molano registra en su biografía; aún más, son estudios o testimonios que fueron escritos bajo la premisa de que se ocupaban de una obra acabada o de un destino cumplido, lo que permite a Cano Gaviria no sólo evitar el tono de la pequeña historia sino, además, alcanzar un más amplio nivel especulativo.

Silva es quizás el poeta más complejo en la historia literaria de Colombia. Las biografías que aquí se reseñan bien pueden ilustrar ese juicio. La cruzada de Enrique Santos Molano en *El corazón del poeta* está dirigida a redimir a Silva de la infamia del suicidio;

olvida quizás que el suicidio también puede ser un acto moral e, incluso, estético. En el extremo opuesto, Héctor H. Orjuela en *La búsqueda de lo imposible* y Ricardo Cano Gaviria en su *José Asunción Silva, una vida en clave de sombra* parten del principio de que Silva —El Poeta, la víctima del bovarismo— cifra su vida y su muerte de la misma forma en que se cifra una novela. Los futuros estudios sobre el poeta podrán prescindir —gracias a estas tres biografías y a una cuarta que por razones de espacio aquí no se reseña (*Chapolas negras*, de Fernando Vallejo [1995])— del problema de “la verdad” que las agobia y podrán ocuparse del sistema de interpretaciones que ha girado en torno a la figura de Silva, elaborar tal vez la historia de esas interpretaciones, dibujar la imagen de Silva en el caleidoscopio de la modernidad.

Denison University

J. EDUARDO JARAMILLO-ZULUAGA